



Cracks TP

Historias de **vocación y talento**
en **estudiantes** en la industria
de la **Construcción**

2026



Centro de Innovación
en Liderazgo Educativo
Facultad de Educación



CRACKS TP

**Historias de vocación y talento
en estudiantes en la industria de la
Construcción**

Cámara Chilena de la Construcción
(CChC): Construyo Mi Futuro

Centro de Liderazgo Educativo
Universidad del Desarrollo (CILED-UDD)
<https://ciled.udd.cl/>

Año: 2026

Equipo de Comunicaciones:

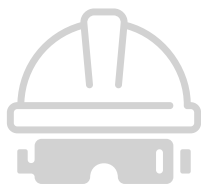
Mario Mercier, Magdalena Frontaura

Directora de Recursos Pedagógicos:

Alejandra Moreno Chaux

Diseño Gráfico:

Carlos Muñoz / cemuma.cl



Cracks TP

Historias de **vocación y talento**
en **estudiantes** en la industria
de la **Construcción**

2026

Índice

O1. Presentación	06
O2. Historias Cracks TP	08
> Simón: El agente de cambio	09
> Karen: La mujer a quien nadie detiene	13
> Sergio: El hijo del mar que construye ciudades	16
> Bernardo: El hombre que crece con los desafíos	20
> Nicolás: El aprendiz que hoy forma personas	24
> Helen: La dibujante de su futuro	28
> Ignacio: El buscador de oportunidades	31
> Joselin: Una lectora del paisaje	34
> Héctor: El constructor de nuevos caminos	37
> Rubén: El maestro del oficio vivido	41

Importante:

En el presente documento se usan de manera inclusiva términos como “el director”, “el docente”, “el estudiante”, “el profesor”, “el alumno”, “el compañero” y sus respectivos plurales (así como otras palabras equivalentes en el contexto educativo) para referirse a hombres y mujeres. Esta opción obedece a que no existe acuerdo universal respecto de cómo aludir conjuntamente a ambos sexos en el idioma español, salvo usando “o/a”, “los/las” y otras similares, y ese tipo de fórmulas supone una saturación gráfica que puede dificultar la comprensión de la lectura.

01. Presentación

En su tercera versión, Cracks TP surge como una **iniciativa conjunta entre el Centro de Innovación en Liderazgo Educativo (CILED) y el programa Construyo Mi Futuro, de la Cámara Chilena de la Construcción, con el objetivo de visibilizar y poner en valor historias inspiradoras de la industria.** Así, esta edición cuenta las historias de diez estudiantes egresados de la educación media técnico-profesionales, provenientes de diferentes regiones de Chile y cuya trayectoria es testimonio de vocación, esfuerzo y logro desde diversas aristas de la construcción.

Cracks TP es una iniciativa impulsada por el CILED que nace con el propósito de visibilizar el rol de la Educación Media Técnico Profesional (EMTP) y su impacto directo en los territorios y en la vida de las miles de personas que forman parte de estas comunidades educativas. En su primera versión, este proyecto dio a conocer las historias de directores y directoras de establecimientos TP que reflejaban el liderazgo, compromiso y talento que caracterizan a tantos líderes educativos del país. Posteriormente, en una segunda versión, y a través de los relatos de estudiantes egresados de la EMTP, fue posible conocer —desde la voz de sus protagonistas— el impacto real que este nivel educativo tiene en las trayectorias personales, educativas y laborales de miles de jóvenes.

A través de las voces y trayectorias de los jóvenes que dan vida a esta nueva versión de Cracks TP, conoceremos historias diversas y únicas, pero también marcadas por puntos en común. Oficios que se han transmitido entre generaciones, donde muchas veces los primeros pasos se dieron de la mano de abuelos, padres o hermanos; la perseverancia y la resiliencia frente a contextos de vida que no siempre fueron fáciles ni lineales; la valoración del trabajo bien hecho, la disciplina y el impulso permanente por seguir creciendo y aprendiendo. La creatividad, y la capacidad de concretar ese espíritu innovador en diversos tipos de emprendimientos. Una fuerte vocación por retribuir lo aprendido, aportando directamente a la educación técnico-profesional, ya sea transformándose ellos mismos en docentes en establecimientos escolares TP, recibiendo estudiantes en práctica, o generando espacios de formación y capacitación en sus propios equipos de trabajo.

Son también historias de personas que no han caminado solas y que descubrieron tempranamente el valor de apoyarse en otros. Familias y parejas que estuvieron presentes en momentos decisivos; compañeros de trabajo que compartieron el oficio con generosidad y que con el tiempo se transformaron en mentores y amigos; y, de manera muy significativa, liceos técnico-profesionales y docentes de gran vocación. Profesores y profesoras que no solo fueron clave durante la etapa escolar, sino que continuaron siendo parte activa de sus vidas, incluso muchos años después, acompañando decisiones, abriendo oportunidades y creyendo en ellos a lo largo del camino.

Cada relato muestra cómo estos conocimientos y habilidades, aprendidos inicialmente en el liceo técnico-profesional, se transformaron en un punto de partida para trayectorias diversas y dinámicas, que les han permitido participar en iniciativas que construyen país: viviendas, edificios, jardines infantiles, hospitales, embalses, proyectos de energías renovables, entre muchas otras. Esta diversidad de experiencias da cuenta de un sector amplio, flexible y lleno de oportunidades, donde el oficio se adapta a los contextos y a las personas que lo ejercen, entregando herramientas para múltiples proyectos de vida.

Al compartir estas historias, buscamos reconocer el aporte de la educación media técnico-profesional y, en particular, de las especialidades relacionadas a la Construcción, a la vida de tantas personas y al desarrollo del país, visibilizando también cómo detrás de cada obra hay personas, trayectorias y sueños que se construyen paso a paso.

Finalmente, agradecemos especialmente a quienes dieron vida a estas páginas: **Simón, Karen, Sergio, Nicolás, Helen, Bernardo, Ignacio, Joselin, Héctor y Rubén**, por compartir con generosidad sus historias y permitir que otros puedan verse reflejados en sus caminos. Esperamos que estos relatos inviten a nuevas generaciones no solo a atreverse a soñar, sino, como ustedes, a convertirse también en protagonistas activos en la construcción de su propio futuro.

María Soledad Ortúzar Pérez
Directora ejecutiva
CILED-UDD

Ignacio Loeser
Presidente consejo de formación
CChC

02. Historias Cracks TP

Los relatos que se presentan a continuación fueron levantados durante el año 2025. Los datos presentados corresponden al momento en el que fue recopilada cada historia.



Simón

El agente de cambio



Trailer

Simón Ormeño Cerda

Región de Valparaíso / Liceo Técnico Profesional Mannheim¹ /
Especialidad Estructuras Metálicas.

Con el tiempo decidió independizarse y formar su propia empresa, Ecostoc (...) hoy el equipo lo conforman siete personas, desde jóvenes que recién comienzan, hasta trabajadores con décadas de experiencia (...) Ecostoc es una escuela, un lugar donde se forman personas y agentes de cambio.

En 2011, mientras cursaba 3° medio, Simón Ormeño escuchó una frase que no olvidaría. Ocurrió en su propia sala de clases, durante una charla para la especialidad. El expositor era un hombre mayor, con experiencia, proveniente de una empresa reconocida; alguien a quien valía la pena escuchar. Simón y sus compañeros estaban atentos. En medio de la conversación, casi como un comentario al pasar, el hombre lanzó una frase que quedó grabada: "Y si no quieren estudiar, el día de mañana carretilla y pala siempre va a haber".

¹ Corporación Municipal de Educación de Quilpué.

La frase cayó mal. No hubo respuestas ni risas, solo una incomodidad compartida que después comentaron entre ellos. A Simón no le resonó. No porque desconociera el trabajo duro —lo conocía desde niño—, sino porque sintió que esa idea reducía el oficio a un límite y no a una posibilidad. No lo dijo en voz alta, pero se lo llevó consigo. Con el tiempo entendería que ese momento terminaría marcando la forma en que él mismo querría hablarles a otros.

Simón creció en Quilpué, en la **Región de Valparaíso**, en un entorno marcado por una fuerte impronta solidaria. Sus padres participaban activamente en una iglesia evangélica y, desde niño, lo llevaban todos los domingos. Tenía apenas 13 años cuando comenzó a acompañar a su papá en labores voluntarias: ayudando en la construcción de nuevas iglesias o colaborando con amigos y conocidos que levantaban sus propias casas. Un año después, mientras su familia construía su propia vivienda, Simón asumió un rol protagonista en la obra. Ahí entendió que construir no era solo levantar muros, sino responder cuando hacía falta, una convicción que, aprendida en la práctica, se volvió una constante en su vida.

El liceo técnico llegó como una decisión natural. Simón quería estudiar una especialidad. No era considerado buen alumno y, de hecho, en primero medio lo “invitaron a irse” de un liceo. Ese quiebre lo llevó al **Liceo Técnico Profesional Mannheim**, donde eligió la **especialidad de Construcciones Metálicas**. Ahí encontró un espacio donde podía aprender haciendo. No se limitó a cumplir. Si se rompía una reja, la arreglaba. Si el paradero de enfrente estaba deteriorado, lo mejoraba. Cualquier espacio era una oportunidad para meter mano. Los profesores veían compromiso, motivación y algo más difícil de enseñar: orgullo por el trabajo bien hecho. Por eso la frase de la charla quedó dando vueltas. No como rabia, sino como una pregunta incómoda.

A los 20 años, esa pregunta que venía arrastrando desde el liceo se transformó en acción. En 2014, mientras cursaba Técnico en Construcción, uno de los grandes incendios que afectó a la región lo encontró disponible. Simón participó como voluntario junto a compañeros de estudio, aún desde su formación técnica. Con su papá levantaron una casa en un solo día, desde las fundaciones. Se sumaron otros jóvenes, se organizaron sobre la marcha y lo lograron. Sin proponérselo, Simón terminó liderando al grupo.

Tras titularse como técnico, decidió seguir avanzando y continuó estudios en la educación superior hasta obtener el título de Cons-

tractor Civil. Fueron cinco años de formación, en modalidad diurna y vespertina, para poder trabajar en paralelo. Durante el día se desempeñaba en obras y trabajos relacionados a la construcción, aprendiendo en terreno lo que por la noche estudiaba en la sala de clases. Eran jornadas largas, exigentes, pero necesarias. Sentía que cada esfuerzo valía la pena. En esos años también se hizo cargo de construir su primera iglesia ya como técnico titulado. Nadie pagaba. Nadie esperaba retribución. Los domingos no podía fallar y eso —lejos de agotarlo— le hacía sentido. Era coherente con lo aprendido desde niño: colaborar sin esperar nada a cambio.

Con el tiempo decidió independizarse y formar su propia empresa, Ecostoc, que nació trabajando con gente cercana: familiares, amigos y personas de confianza con quienes compartía no solo el trabajo, sino una manera de entenderlo. Hoy el equipo está compuesto por siete personas, desde jóvenes que recién comienzan, hasta trabajadores con décadas de experiencia: una mezcla que genera una energía colaborativa y profundamente humana. El foco está puesto en dar respuesta a problemas urgentes de aguas lluvia —filtraciones, escurrimientos mal resueltos, captación y conducción en casas, colegios, edificios o espacios públicos— además de contenciones de terreno y estructuras complementarias. Simón lo resume sin tecnicismos: Ecostoc es una escuela, un lugar donde se forman personas y agentes de cambio.

El fuego volvió en 2024. Esta vez en la población Argentina de Quilpué. La familia de un compañero suyo de la universidad había sido afectada. Simón y su equipo llegaron a colaborar en el retiro de escombros y en la asesoría para la reconstrucción. Ya no era el joven técnico que había levantado una casa en un día, diez años antes. Era un profesional con experiencia, con una empresa detrás. El gesto, sin embargo, era el mismo: estar disponibles cuando hacía falta.

Ese recuerdo del 2011 nunca se le olvidó. Con el tiempo, y aprovechando la buena relación que siempre mantuvo con sus profesores, surgió la posibilidad de volver al liceo para conversar con los estudiantes. No fue algo planificado ni buscado con demasiada anticipación: el colegio se lo pidió y a él le hizo sentido. En esas instancias, Simón comparte su propio recorrido, cuenta lo que le ha tocado vivir y, desde ahí, los invita a mirar su futuro con más opciones. Así comenzaron estas charlas, que ha realizado en reiteradas ocasiones. Después de esos encuentros, algunos jóvenes terminan integrándose a su equipo; otros le piden consejos y muchos se van con una certeza distinta sobre su propio futuro.

Con el mismo espíritu, Simón participa en conversatorios comunales y es invitado como empresario emergente, espacios desde los que fue naciendo, de manera natural, su vínculo con las Olimpiadas Técnicas. Hoy participa como colaborador y aporta con premios para reconocer el esfuerzo y el talento de los estudiantes. Mientras tanto, sigue construyendo: obras, equipos y oportunidades. Sueña que en diez años más su empresa esté consolidada y poder dedicar más tiempo a innovar en proyectos que mejoren el entorno —sistemas de bombeo automatizado, nuevas formas de aprovechar la energía solar, soluciones simples para problemas urgentes—, siempre con la misma convicción. Porque para Simón, construir nunca ha sido solo levantar estructuras, es abrir caminos, generar futuro y dejar huella en las personas.



Karen

La mujer a quien nadie detiene



Trailer

Karen Molina Cortés

Región de Coquimbo / Liceo Fernando Binvignat Marín² /
Especialidad Electricidad.

Hoy siente que la construcción no solo le dio un oficio, sino una vida donde ha podido crecer, rodearse de buenas personas y descubrir un lugar que nunca imaginó para sí misma.

“Ya estuve en el infierno y salí, así que no me va a detener nadie”, dice Karen Molina, de 43 años, desde la **Región de Coquimbo**. Y la frase cobra peso cuando repasa su historia. A los 15 años, su vida dio un vuelco profundo: perdió a su hermano mayor y, poco después, a su padre. Su madre, intentando sostenerse como podía, se volcó al trabajo en una pesquera; Karen, en cambio, quedó a cargo de sus hermanos menores y de la casa —cocina, limpieza— mientras lidiaba también con un entorno complejo.

De niña había vivido en distintos lugares según los traslados laborales de su mamá: La Serena, Tierras Blancas, La Antena. Pero después

² Servicio Local de Educación Pública Puerto Cordillera.

de ese quiebre familiar volvieron a asentarse en Coquimbo. Allí ingresó a primero medio en el **Liceo Fernando Binvignat Marín**, un lugar que recuerda con mucho cariño. “Para mí el liceo fue un escape de mi realidad”, cuenta. Sus profesores la apoyaron para que pudiera avanzar, ajustando evaluaciones y entregas cuando era necesario, y sus compañeros le devolvían algo de ligereza, distrayéndola e invitándola a descubrir mundos que existían más allá de su entorno. Eligió la **especialidad de Electricidad** casi por descarte: en ese momento no había motivación, solo la necesidad de seguir adelante.

Sin embargo, su oficio quedó en pausa durante una década. Tras salir del liceo se dedicó a criar a sus hijos y llevar la casa. Pero cuando el padre de sus dos primeros hijos murió, tuvo que salir a trabajar. Hacía aseo en distintos lugares, entre ellos una empresa procesadora de jibia, un pez común de la zona. Fue ahí donde conoció a Osvaldo, encargado del área eléctrica. En una conversación casual mencionó que ella había estudiado Electricidad en el liceo. “¿Y qué estai haciendo acá?”, le dijo él, sorprendido. Desde ese día comenzó a animarla a retomar su título y hacer la práctica que nunca había completado.

Así fue como, diez años después de haber egresado, y con una familia que sostener –esta vez suya–, Karen volvió a su antiguo liceo en busca de apoyo. La recibieron con entusiasmo. Sus profesores la vieron distinta: con una determinación que no habían alcanzado a conocer en su adolescencia. Así, en 2010 comenzó su práctica. La primera experiencia no fue fácil. Apenas llegó, el prevencionista le dijo: “No puedes estar acá, no aceptamos mujeres”. Karen aún recuerda la frase y el peso de demostrar, una y otra vez, que su trabajo vale.

La siguiente obra fue distinta. La enviaron a un proyecto donde varios ex compañeros del liceo trabajaban, y esa familiaridad le abrió un espacio inmediato. Ahí sí pudo desplegarse: hacía cableado, instalaba artefactos y trabajaba en terminaciones, aprendiendo con rapidez y ganando una seguridad que no había sentido antes.

Desde entonces no se detuvo. Su oficio fue tomando forma en distintas obras y con diversos contratistas, abriéndose un lugar en la construcción regional a punta de trabajo y constancia. Uno de sus mayores desafíos llegó en 2020, cuando pidió involucrarse en sistemas eléctricos de edificios, especialmente en el armado de tableros, un trabajo que exige precisión, lectura técnica y responsabilidad: ahí sintió que estaba dando un salto profesional real.

Hoy trabaja en una obra en Caleta San Pedro, con una Constructora. Las jornadas comienzan a las ocho de la mañana: instrucciones del día y luego terreno con su compañero, instalando cajas en muros o haciendo canalizaciones. En paralelo, toma trabajos particulares en casas, ajustando horarios para complementar ingresos y sostener el camino que decidió construir.

Karen vive con sus tres hijos —la mayor ya estudia en la educación superior— y habla con la seguridad de quien ha sostenido una familia con sus propias manos. Siempre les recalca la importancia de proyectarse, de estudiar, de aspirar a más de lo que ella tuvo a su alcance. A veces en su entorno no lo entienden, pero ella insiste: quiere que sus hijos tengan opciones reales, no caminos impuestos por la necesidad. Hoy siente que la construcción no solo le dio un oficio, sino una vida donde ha podido crecer, rodearse de buenas personas y descubrir un lugar que nunca imaginó para sí misma.



Sergio

El hijo del mar que construye ciudades



Trailer

Sergio Avendaño Jara

Región de La Araucanía / Liceo Bicentenario de Excelencia

Padre Óscar Moser³ / Especialidad Construcción, mención Edificación.

Ha sido vicepresidente de la Cámara Regional y consejero nacional de la CChC, presidente del Consejo Territorial Araucanía y reconocido como Empresario Destacado 2023. Pero, más que los títulos, lo que él valora es haber abierto caminos: demostrar que desde un pueblo costero se puede transformar una industria y, sobre todo, la vida de quienes trabajan en ella.

En Puerto Saavedra, un pueblo costero de la **Región de la Araucanía** donde el río Imperial se encuentra con el mar y la vida se rige por las mareas, creció Sergio Avendaño. Hijo de un pescador y de una madre trabajadora, Sergio imaginaba un futuro parecido al de su padre: quedarse en el pueblo y aprender un oficio que beneficiara a su familia y su pueblo.

³ Fundación Del Magisterio De La Araucanía.

No había dinero para estudios y, hasta entonces, tampoco había alternativas. Pero todo cambió el día en que Luis, el director de su escuela, los citó a él y a su madre a una reunión inesperada. “Sergio no puede quedarse en Puerto Saavedra —les dijo—. Tiene que irse a estudiar a Temuco. Le conseguimos un internado para que pueda ingresar a un liceo técnico profesional en Padre Las Casas”. Se trataba del hoy **Liceo Bicentenario de Excelencia Padre Óscar Moser**. Sergio cuenta ese momento con una emoción que todavía lo quiebra. “Me considero un eterno agradecido de Dios y de la vida, tratando de retribuir todo el apoyo y puertas que se me abrieron”. Siento que la vida puso personas en mi camino y, así como a mí me dieron oportunidades, yo busco darlas”.

El tiempo pasó, y aquel joven que salió de Puerto Saavedra con sueños y anhelos de cambiar su vida, terminó construyendo una historia difícil de resumir. Junto a su socio Cristian, fundaron Constructora Providencia Ltda. y más tarde, Inmobiliaria Providencia —cuyo nombre tiene un profundo significado—. A la fecha han levantado 29 edificios en altura en Chillán, Osorno, Villarrica, Valdivia y Temuco, además de Cesfam, Colegios, iglesias y múltiples proyectos públicos y privados. Incluso con incursiones en Madrid-España, donde comenzaron a abrirse camino en el rubro inmobiliario. Su empresa emplea a 600 personas de manera directa y a cerca de 500 más a través de subcontratos. Acumulan más de 500 mil metros cuadrados construidos y han logrado reducir significativamente el costo UF/m² gracias a un trabajo obsesivo por la mejora continua: formación permanente de su capital humano, metodologías propias, procesos estandarizados y una mirada que combina experiencia técnica con eficiencia.

A sus 53 años y convertido en un empresario consolidado, su convicción es clara: la construcción puede ser un camino real de movilidad social cuando el oficio se dignifica. “Hay personas con muchos años de experiencia que nunca tuvieron oportunidades para brillar”, comenta. Por eso impulsa la profesionalización del sector: capacitar, enseñar y entregar herramientas para que quienes siempre han trabajado con las manos puedan avanzar, desarrollar nuevas competencias y abrirse otros horizontes. Para él, esa es la forma más honesta de retribuir lo que un día otros hicieron por él.

Y esa convicción se vive a diario en su empresa. “El techo se lo ponen ustedes”, les dice a sus trabajadores, impulsándolos a creer en lo lejos que pueden llegar. La mayoría llegó como practicante y fue creciendo paso a paso. Él mismo los desafía: “Si un día quieren ocupar mi puesto, depende de ustedes”. Está convencido de algo fundamental: si tú le

enseñas al trabajador o colaborador, él hace las cosas bien e incluso las puede mejorar.

Por eso creó un sistema interno de certificación. Hoy en su constructora cada vez que alguien completa un ciclo formativo, su sueldo sube automáticamente un 10%. No por nada en sus obras se invierte en el desarrollo de las personas, profesionalizando los oficios de la construcción y siendo pionero en el país en esto: un hito que resume lo que más lo mueve —ver a otros avanzar, y devolver las oportunidades que también recibió—.

Pero llegar donde está no tuvo que ver sólo con las oportunidades que se le pusieron en el camino, sino también por cómo supo exprimir las. Volvamos entonces al comienzo de esta historia. Sergio llegó a primer medio a un internado católico cristiano donde la disciplina era innegociable. Ahí estudió la **especialidad de Construcción, mención Edificación**. Y fue en segundo medio cuando apareció otra figura que cambiaría su rumbo: un empresario que dio una charla sobre la carrera de Construcción. “Quedé encantado con la visión que presentó, la cantidad de posibilidades, los caminos para desarrollarte, el mundo que se abría. Te diría que me cambió. Descubrí un universo de oportunidades y eso me fascinó”, recuerda. Ese día entendió que ésa sería su carrera.

Terminó el liceo con la mejor nota de su generación. Aun así, necesitaba un buen puntaje en la prueba de selección y el dinero seguía siendo un obstáculo. Hasta que aparecieron dos personas decisivas: una profesora del liceo, María Luisa y la Directora del Internado Sra Virginia, que cinco años después repitieron casi palabra por palabra el mensaje de su antiguo director. “No puedes llegar hasta acá, tienes que ir a la universidad”, le dijeron. Y no solo eso: le consiguieron una beca en un preuniversitario recién abierto en Temuco, inaccesible para él de otra manera. Para entonces ya llevaba un año trabajando en el internado como inspector ayudante, a cargo de cincuenta compañeros, con pieza propia y un sueldo que sería clave durante toda su carrera universitaria. Entró a Construcción Civil en la UFRO: le sobró puntaje.

El ritmo era agotador. Sus turnos en el internado eran de 20:00 a 02:00 o de 20:00 a 23:00 más un bloque temprano entre 05:00 y 08:00. Todo eso de lunes a viernes. Batallando con cálculo, álgebra y duras jornadas de trabajo, Sergio también hacía su práctica en una obra de la universidad. Ahí vivió uno de sus primeros momentos clave: detectó un error constructivo, lo planteó, discutió con el jefe de obra y terminó siendo respaldado por el director del proyecto. Fue entonces cuando conoció a Guillermo, de la División de Obras de la UFRO, quien le abrió las puer-

tas para resolver dudas relacionadas al rubro. Y así, todas las tardes después de la jornada, Sergio iba a despejar dudas con él. “Eso me lo enseñó el liceo técnico: adelantarse, prepararse, no llegar en blanco”.

Cuando terminó su práctica en tercer año, le ofrecieron ser inspector de una obra en Isla Huapi: 60 pozos profundos para dotar de agua potable a familias rurales. Le pagaban 25 mil pesos por sábado —un gran porcentaje lo gastaría para llegar hasta allá—, pero aceptó. Estuvo tres años ahí. “Sentía que estaba aportando a gente que lo necesitaba. Ese círculo virtuoso lo tengo como enseñanza de vida”. Y como era de esperar, cuando terminó su carrera lo contrataron. Mientras se desempeñaba en la división de obras de su ex casa de estudios, llegó a una empresa donde le ofrecieron trabajo, y ahí conoció a su actual socio. Luego de unos años de trabajar ahí, ésta quebró. Pero a él y a quien había sido su punto de contacto los dejaron a cargo de la obra del Colegio Providencia, contratados por las monjitas de la congregación. Ahí nació la oportunidad de formar su propia empresa: pudieron continuar la obra sin capital propio gracias a ese respaldo. Así nació Providencia: “Que de un día para otro estés sin trabajo y al día siguiente ya estés contratado... No tuve que preocuparme de nada; todo se fue dando. Fue providencial y obra de Dios, como todo en mi vida. Sí, hay mérito, porque trabajamos bien, pero también hay algo más: van apareciendo personas en tu camino”. Y dentro de esas personas que marcan el camino, la más importante, menciona Sergio, ha sido su señora y compañera de vida, Gloria Brummer, a quien conoció desde la etapa de la Universidad y quien siempre ha sido un pilar fundamental para su desarrollo profesional y personal, apoyando sus sueños, desafíos, y trabajando juntos para crear un futuro para ellos y sus hijos Consuelo, Agustín y Josefina.

Hoy, cuando mira su recorrido, Sergio entiende que su aporte va más allá de las obras. Ha liderado espacios clave de la construcción en La Araucanía: seguridad, capital humano, productividad, formación de oficios y, en plena pandemia, la mesa COVID que permitió reactivar al sector. Ha sido vicepresidente de la Cámara Regional y consejero nacional de la CChC, presidente del Consejo Territorial Araucanía y reconocido como Empresario Destacado 2023. Pero, más que los títulos, lo que él valora es haber abierto caminos: demostrar que desde un pueblo costero se puede transformar una industria y, sobre todo, la vida de quienes trabajan en ella.



Bernardo

**El hombre que crece
con los desafíos**



Trailer

Bernardo Henríquez Matamala

Región del Maule / Instituto Politécnico IBF de Linares⁴ /
Especialidad Electricidad.

Fiel a una característica que lo ha acompañado siempre — asumir desafíos incluso cuando parecen demasiado grandes—, postuló al puesto y lo consiguió (...) el aprendizaje que deja su historia es simple y profundo: ningún desafío es demasiado grande cuando existe la voluntad de enfrentarlo.

El primer trabajo de Bernardo Henríquez nació, literalmente, en la población San Antonio de Linares, **Región del Maule**, donde vivía con su mamá. Mientras su casa de adobe era demolida —igual que las otras 64 viviendas del barrio— para dar paso a un nuevo conjunto habitacional, él cargaba una frustración reciente: tras egresar de la **especialidad de Electricidad del Instituto Politécnico Irineo Badilla Fuentes de Linares**, había hecho una práctica donde aprendió muchísimo y esperaba quedarse. Pero al terminar los tres meses, la empresa contrató a los otros dos practicantes y no a él. Inquieto

⁴ Ilustre Municipalidad De Linares.

y con la urgencia de trabajar, le preguntó al maestro que lideraba la obra si necesitaba una mano. La respuesta fue inmediata. Así pasó tres meses haciendo zanjas y excavaciones; un trabajo duro, pero la puerta que finalmente lo llevó a tomar su primer empleo como electricista.

Hoy, a sus 39 años, Bernardo reconoce que su llegada a la educación técnico-profesional fue casi exclusivamente fruto de la insistencia y la voluntad. Su antiguo colegio no impartía especialidades técnicas, por lo que tuvo que pedir apoyo directamente al director para poder ingresar a un Liceo Técnico Profesional. No había cupos, pero él persistió. Sabía que, sin un título de enseñanza media técnica — sin siquiera imaginar estudios superiores—, no tendría cómo abrirse paso en el mundo laboral.

En un comienzo quiso estudiar Electrónica, atraído por esa tecnología que comenzaba a masificarse y por la posibilidad de desarmar y reparar equipos complejos. Esa curiosidad ya la había puesto en práctica con lo que tenía a mano: su bicicleta, que arreglaba, parchaba y modificaba cada vez que fallaba. Finalmente ingresó a la especialidad de Electricidad, la única que tenía vacantes disponibles.

El tercer año medio fue especialmente difícil. Debía comprender conceptos totalmente nuevos, armar circuitos y dibujar planos con materiales técnicos que no siempre podía costear. “Incluso pensé en retirarme; no tenía conocimientos previos en electricidad, no existía internet como hoy para aprender, y la falta de apoyo me afectaba emocionalmente. Gracias a Dios seguí adelante”, recuerda. En cuarto medio, poco a poco, logró tomar el ritmo necesario para sostenerse en el oficio que terminaría definiendo su vida.

Tras egresar, realizó su práctica en una empresa ubicada a las afueras de Linares. Allí armaba tableros eléctricos, realizaba mantención de motores y cambiaba rodamientos y sellos mecánicos. Muchas tareas superaban lo que sabía, y más de una vez, al terminar la jornada, regresaba al liceo para consultar a sus antiguos profesores cómo resolver ciertos trabajos. Ellos, con una paciencia que aún agradece, se sentaban con él y le explicaban paso a paso.

Meses después, cuando trabajaba como maestro en su población, escuchó que necesitaban un eléctrico para las nuevas viviendas. Y si algo ha marcado siempre a Bernardo es que toma desafíos incluso

cuando siente que le quedan grandes, confiando en que encontrará la manera de resolverlos. Así postuló a ese puesto y lo consiguió. Instaló tuberías, cableado, artefactos y sistemas de protección eléctrica en las casas donde él mismo viviría por un tiempo, y para avanzar más rápido, pidió ayuda a una sobrina de 15 años, quien lo apoyaba acomodando el pasacables mientras él jalaba el cable por las tuberías. En un año, el proyecto quedó completamente terminado.

Al finalizar ese ciclo, volvió la incertidumbre. Fue entonces cuando la pareja de su hermana lo invitó a acompañarlo al Embalse Ancoa para presentar un proyecto de alcantarillado. La obra —que contemplaba cuatro años de construcción continua, una presa de tierra de 81 metros de altura y la capacidad de embalsar 80 millones de metros cúbicos de agua— reunía a ingenieros, operadores y especialistas de distintas áreas. Bernardo fue solo porque tenía tiempo disponible, pero una vez allí, algo se encendió. Se presentó como electricista y al día siguiente entregó su currículum. Lo llamaron en menos de una semana.

Trabajó durante toda la ejecución del proyecto, asumiendo progresivamente tareas de mayor complejidad: sistemas de bombeo de agua, tableros eléctricos, generadores y, más adelante, montaje de tableros de fuerza al interior del túnel para los equipos mineros. El salario era bajo, pero Bernardo estaba decidido a aprender. En paralelo realizaba trabajos particulares para sostenerse económicamente y, para cumplir con las exigencias del proyecto, se capacitó y obtuvo la certificación SEC clase D. Al terminar la obra le ofrecieron continuar, pero optó por independizarse.

Eso ocurrió hace doce años. En 2015, tras tres años de trabajo independiente, ejecutó y supervisó el sistema eléctrico de dos edificios del CFT San Agustín de Linares. Fue allí donde comenzó también su formación en energías renovables. Un día apareció en su celular un curso de paneles solares y decidió inscribirse. “Siempre estoy trabajando y estudiando; los desafíos los tomo porque sé que los puedo lograr, pero muchas veces necesito adquirir nuevos conocimientos”, explica. El curso le resultó insuficiente, por lo que continuó con un diplomado que incorporaba eficiencia energética. Desde entonces, su camino tomó un rumbo decisivo: ha desarrollado múltiples proyectos fotovoltaicos, desde pequeñas plantas hasta instalaciones de mayor escala.

A lo largo de su trayectoria, nunca dejó de recurrir a sus antiguos profesores en busca de orientación. Con uno de ellos, Hugo, construyó un vínculo especial. Recuerda una tarde en que fue a su casa a pedir consejo y recibió una frase que lo marcó para siempre: le dijo que perfectamente podía llegar a la universidad. “Nunca lo había pensado”, recuerda. Once años después de egresar del liceo, se tituló como Técnico en Redes Eléctricas en el CFT San Agustín de Talca. Más tarde completó su segunda carrera superior: Ingeniería en Electricidad y Electrónica en el IP Chile.

Hoy, Bernardo tiene una casa propia en la misma población donde creció, algo que nunca imaginó posible. Continúa mejorándola poco a poco, al mismo tiempo que consolida su empresa. Desde hace más de cinco años participa activamente en una iglesia evangélica, que ha sido un apoyo fundamental en el desgaste emocional que implica emprender. Cuando se construyó el nuevo templo, él diseñó e instaló toda la red eléctrica de manera gratuita, tanto en proyecto como en mano de obra.

En un giro que refleja el cierre de un ciclo, hoy son sus antiguos profesores quienes lo invitan al liceo para motivar a las nuevas generaciones. También fue docente del CFT Estatal del Maule, donde impartió clases en la carrera de Electricidad con mención en Energías Renovables, compartiendo no solo conocimientos técnicos, sino también experiencia de vida.

Para Bernardo, el aprendizaje que deja su historia es simple y profundo: ningún desafío es demasiado grande cuando existe la voluntad de enfrentarlo.



Nicolás

El aprendiz que hoy forma personas



Trailer

Nicolás Cerda Muñoz

Región de Ñuble / Liceo de Yungay⁵ /
Especialidad Electricidad.

Paralelo a su desarrollo como docente, en 2024 formó su empresa eléctrica: AmmyElec Spa (...). A futuro sueña con dedicarse por completo a ella, pero siempre recibiendo estudiantes en práctica y en formación dual.

Nicolás Cerda ha vivido toda su vida en Yungay, un pueblo tranquilo de la **Región de Ñuble**, ubicado entre la cordillera y los campos, donde la vida rural aún conserva su propio ritmo. Creció junto a sus 'papis' —como él llama a sus abuelos—, figuras que marcaron profundamente su carácter y se convirtieron en la brújula que ha guiado cada una de sus decisiones. A ellos, dice, les debe su esfuerzo, su oficio y el impulso que lo llevó a convertirse en Jefe de la **especialidad de Electricidad** del **Liceo de Yungay** y en dueño de su propia empresa eléctrica, todo antes de cumplir los treinta años.

⁵ Ilustre Municipalidad de Yungay.

Desde pequeño, acompañaba a su abuelo Juan, operador de maquinaria, en cuanto trabajo surgiera. Los fines de semana y en sus tiempos libres, cualquier momento era una oportunidad para aprender: arreglaban instalaciones eléctricas, motores, herramientas y resolvían problemas domésticos. Ese fue su primer laboratorio.

Ahí nació su curiosidad por entender cómo funcionaban las cosas y cómo devolverles vida cuando fallaban. Aprendió electricidad, mecánica y construcción sin manuales, siguiendo el pulso práctico del trabajo rural. Con los años, al mirar atrás, reconoce que esa educación temprana lo convirtió en un aprendiz perpetuo.

Pero esa fascinación por el hacer no se traducían en buenos resultados académicos. No era un buen estudiante. Al ingresar al Liceo A-17 de Yungay, eligió la especialidad de Electricidad simplemente porque se parecía a lo que hacía con su abuelo. No lo guiaba la excelencia escolar, sino la continuidad natural de un oficio que ya sentía propio. Con el tiempo entendió ese gesto impulsivo: “Me fui dando cuenta de que tenía que estudiar para lograr más cosas en mi vida, y que no necesariamente se necesita ser un alumno destacado para, con el tiempo, cumplir los sueños”.

En esa etapa apareció una figura decisiva: su profesor de especialidad: Luis. Fue él quien vio en Nicolás un potencial que aún no estaba desarrollado. Lo orientó, lo motivó a perfeccionarse y lo acompañó incluso cuando Nicolás ya había salido del liceo. Ese vínculo terminaría años después transformándose en una relación profesional que marcaría su futuro. Pero antes había un camino largo de trabajo, estudio y disciplina.

Al egresar, Nicolás decidió estudiar Técnico en Electricidad Industrial —mención Electromecánica— en INACAP Chillán. Era una carrera diurna, lo que volvía su rutina un verdadero ejercicio de constancia: todos los días tomaba el bus de las 6:10 de la mañana para llegar a clases a las 8. Viajaba una hora y media de ida y otra de vuelta: “Era bastante duro, pero siempre estaba la satisfacción de llegar a la casa, dormir en la cama de uno... Y mi mami —mi abuela— siempre me esperaba con una rica once o comida”, recuerda.

Entre clases, prácticas y viajes, completó dos años y medio de formación técnica intensiva. Un día después de titularse, fue a dejar su currículum a una maestranza cercana a su casa. Caminó hasta allá, lo entregó y volvió a pie. Diez minutos después lo llamaron para

entrevista. Tuvo que devolverse por el mismo camino. Y quedó en el puesto.

Trabajó allí cerca de cuatro años. Comenzó como ayudante eléctrico, luego maestro eléctrico, incluso en algunos momentos cuando se necesitaba apoyaba en la supervisión. “Como todo al comienzo, costó tomarle las riendas; pero le puse empeño y empecé a hacer amigos, a quienes les pedía consejos y ayuda”, cuenta. En ese lugar también pudo acompañar a estudiantes en práctica y en formación dual. Fueron sus primeros acercamientos al mundo educativo. Había recibido apoyo; ahora sentía que podía devolverlo.

Durante esos años logró comprarse su auto, que aún lo acompaña. Y, decidido a seguir aprendiendo, comenzó su segunda carrera, esta vez en jornada vespertina: Técnico en Automatización y Control Industrial, también en INACAP. “Estaba pegando bastante el tema de la automatización... Y yo soy disperso: quiero aprender de todas las ramas un poco. Algún día me gustaría ser experto en todas las áreas de la parte eléctrica”, dice entre risas.

Los viajes seguían siendo igual de duros. Después de jornadas laborales que a veces no dejaban fines de semana libres, el riesgo de quedarse dormido en el camino era real. Ahí apareció un apoyo fundamental: su pareja Camila, profesora de matemáticas. Muchas veces lo acompañaba para evitar que se durmiera, o lo esperaba en Chillán para que el retorno fuera más seguro. Esa presencia, dice, marcó no sólo toda esa etapa sino que se repitió cada vez que Nicolás volvió a estudiar o a asumir nuevos desafíos profesionales “Le debo mucho a ella”, dice hoy en día.

Luego de obtener su segunda carrera, decidió estudiar una tercera, nuevamente en modalidad vespertina: Técnico en Electricidad Industrial —mención Instalaciones Eléctricas—. Para entonces, sentía que había cumplido sus metas dentro de la empresa. Y fue en ese momento cuando su ex profesor de especialidad, reapareció con una propuesta que parecía inevitable: enseñar en el liceo. Nicolás ya había hecho algunos tipos de orientación en ocasiones, pero la idea de formar a quienes eran, en cierta forma, versiones jóvenes de sí mismo, lo desafió profundamente. Un eterno aprendiz también quiere enseñar.

Así volvió a su casa de estudios. Primero con algunas horas y, con los años, como Jefe de Especialidad. “Ha sido muy gratificante: trato de enseñarles a los chiquillos lo más que puedo... Uno toma un afecto

increíble por ellos, sobre todo con los más desordenados, porque creo que me veo reflejado en ellos”.

Paralelo a su desarrollo como docente, en 2024 formó su empresa eléctrica: AmmyElec Spa. El nombre fue en honor a la primera mascota que tuvo con su pareja –ya que dentro de sus muchas pasiones Nicolás se declara también un amante de los perros–. A futuro sueña con dedicarse por completo a ella, pero siempre recibiendo estudiantes en práctica y en formación dual. Porque si algo define su historia es ese círculo que nunca se cierra: el aprendiz que se convierte en maestro y que vuelve a abrir espacio para que otros aprendan.

Para Nicolás, la educación técnico-profesional no solo le dio un oficio: le abrió un camino. Hoy entiende que su tarea no es solo formar electricistas, sino personas, tal como hicieron con él sus abuelos, sus profesores y su pareja. Desde el aula y desde su empresa, busca que otros jóvenes de Yungay descubran lo mismo que él aprendió con esfuerzo: que los sueños se construyen paso a paso, y que el origen nunca determina el destino.



Helen

La dibujante de su futuro



Trailer

Helen Liberona Zuloaga

Región de Antofagasta / Liceo Politécnico Los Arenales⁶ /
Especialidad Dibujo Técnico.

Con el tiempo, Helen entendió algo que hoy repite con convicción: sin la formación técnico-profesional, su camino habría sido muy distinto. Fue lo que le dio un punto de apoyo concreto para salir adelante al egresar.

Mientras recorre en moto las calles de Antofagasta, Helen Liberona piensa en cosas que muchos pasan por alto: ¿cómo levantaron ese edificio?, ¿qué cálculos sostienen esa estructura?, ¿cómo se coordinó todo un equipo para convertir un plano en una obra real? En su mente, los dibujos aparecen solos; es un reflejo que arrastra desde niña. El ejemplo de su hermano mayor encendió esa chispa. “Me transmitió su gusto por el diseño, la precisión y la creación de proyectos que luego se transforman en realidades tangibles. Desde entonces supe que quería formar parte de ese proceso que da vida a las ideas a través del dibujo y la planificación”.

⁶ Corporación Municipal Desarrollo Social Antofagasta.

Hoy, con 20 años, vive con su mamá, su hermana y sus tres sobrinos, en un hogar lleno de movimiento. En su pieza, Helen pintó una figura enorme de Rick, de la serie Rick and Morty: una prueba de que el dibujo es su oficio en formación, pero también su refugio. Cuando en 2019 ingresó a primero medio al **Liceo Politécnico Los Arenales A-33**, en la **Región de Antofagasta**, lo hizo con una decisión fija: quería entrar a la **especialidad de Dibujo Técnico**, siguiendo los pasos de su hermano Josué, proyectista senior con más de doce años de experiencia. Él nunca cursó estudios superiores; aprendió en el trabajo, observando, preguntando y enfrentando cada proyecto con disciplina. Ese camino autodidacta, lejos de ser una limitación, se transformó para Helen en una prueba de que el oficio también se forja con constancia y pasión.

Ya en la especialidad, Helen tenía claro que ese era su camino. Su papá, al que describe como un gran conocedor de la construcción, también había sido un modelo. Pero la pandemia alteró drásticamente su formación. Pasó más de un año estudiando desde su casa, lejos de los equipos y programas que necesitaba. Recién a fines de tercero medio pudo volver a clases presenciales y reencontrarse con la tecnología que hacía posible el dibujo técnico moderno. “Volver a estudiar presencial fue muy emocionante. Aprendí mucho más así: volver a interactuar con gente y prescindir de la pantalla me devolvió el entusiasmo”.

Con el tiempo, Helen entendió algo que hoy repite con convicción: sin la formación técnico-profesional, su camino habría sido muy distinto. Fue lo que le dio un punto de apoyo concreto para salir adelante al egresar. Por eso, cuando buscó una empresa para realizar su práctica, golpeó la puerta de la misma empresa donde trabajaba su hermano. donde no solo la recibieron, también le ofrecieron la oportunidad de formarse dentro del equipo mientras completaba su práctica y la contrataron al terminarla. Allí encontró un mundo que abrió posibilidades que jamás imaginó.

En la empresa, Helen transforma ideas en planos claros y precisos. Actualiza y corrige dibujos técnicos, adapta información cuando cambian las normas o los requerimientos de los clientes, y coordina con arquitectos, ingenieros y maestros para que todo calce. “La experiencia ha fortalecido mis habilidades en precisión, trabajo bajo presión y comunicación con arquitectos e ingenieros”, cuenta orgullosa.

El momento que la marcó —y que aún la emociona— fue la visita a terreno a la faena minera de Mantos Blancos, a unos 45 kilómetros de la ciudad. Allí vio construida su obra más importante: el estanque TK-2000, de 20 metros de diámetro. “La mayoría de los planos los saqué yo junto a un ingeniero. Ver cómo una idea que comencé a dibujar se transformaba en una obra real fue una de las mayores satisfacciones de mi vida”.

Su desempeño llamó la atención de la empresa, que decidió apoyarla para que continuara estudiando. Le financiaron el primer año de Técnico en Topografía en AIEP Antofagasta, en jornada vespertina. Así pudo trabajar de día —de 7:00 a 17:00— y estudiar de noche dos veces por semana, además de los sábados. Ese ritmo, aunque exigente, le permitió seguir creciendo. Hoy ya domina planos de las disciplinas civil, estructural, eléctrica y sanitaria.

Pero sus metas no se detienen ahí. Helen quiere estudiar una carrera técnica de ingeniería y seguir ampliando su campo de acción, aunque eso implique compatibilizar jornadas largas con horarios nocturnos. En Antofagasta no existe la modalidad que necesita, y reorganizar su vida para estudiar no es sencillo, pero no la intimida. Helen ya entendió algo que la acompaña desde su primer plano: que todo proyecto complejo se resuelve paso a paso, línea por línea, hasta que la estructura se sostiene por sí sola.

Por eso sigue avanzando, aprendiendo, preguntando. Si antes observaba obras desde lejos, hoy camina por ellas y reconoce sus trazos transformados en acero y hormigón. Cada plano que entrega, cada corrección que hace, cada vez que coordina con un arquitecto o un ingeniero, reafirma lo mismo: que su lugar está ahí, construyendo futuro con sus manos y su cabeza. Y cuando piensa en lo que viene, no se ve solo en una oficina o únicamente en terreno: se ve abriendo camino para otros jóvenes que, como ella, vienen de hogares llenos de movimiento, de esfuerzo y de sueños que necesitan una primera oportunidad para tomar forma.



Ignacio

El buscador de oportunidades



Trailer

Ignacio Osorio Valenzuela

Región de la Araucanía / Liceo Bicentenario de Excelencia Juan Schleyer⁷ / Especialidad Instalaciones Sanitarias.

Hoy tiene más de 18 mil seguidores en su cuenta Rustic Mund (...) produce platos de piedra para restaurantes y hoteles rústicos, envía propuestas, muestra procesos y busca oportunidades de manera constante. Y si las puertas no se abren, entro por la ventana, dice con humor.

Ignacio Valenzuela, de 27 años, ha vivido siempre en Freire, **Región de la Araucanía**. A unos 10 minutos está Pitrufquén, una ciudad más grande y con mayor movimiento, donde comenzó a concentrar buena parte de su trabajo cuando inició su emprendimiento. En los tiempos libres entre un encargo y otro, se acercaba a las orillas del río Toltén, que atraviesa la zona, para despejar la cabeza y pensar cómo aprovechar mejor esas horas muertas. Fue en uno de esos momentos cuando vio una piedra con forma de cuenco. Le recordó

⁷ Ilustre Municipalidad de Freire.

a un lavamanos. “¿Y si me la llevo y la tallo?”, pensó, más por el desafío que por un plan claro. Cuando logró darle forma, la publicó en Facebook Marketplace. Cuatro horas después, la había vendido. Y algo se encendió.

Ignacio estudió en el hoy **Liceo Bicentenario de Excelencia Juan Schleyer**, de Freire. Ingresó a la **especialidad de Instalaciones Sanitarias** buscando una base técnica que le permitiera desenvolverse más adelante en oficios ligados a la construcción. Durante esos años, sus profesores insistían en que tenía habilidades y le transmitieron una confianza que él fue interiorizando de a poco.

En su último año de especialidad, las circunstancias familiares se volvieron prioritarias. Su mamá enfermó de cáncer y tuvo que dejar de trabajar —cuidaba niños en un hogar particular—. Ignacio decidió salirse del colegio para hacerse cargo de la casa, buscar trabajo y aportar económicamente. Sus dos hermanos mayores ya se habían ido, y quedaron solo él y su hermana menor acompañando a su mamá. Aun así, no quiso abandonar del todo sus estudios y lo logró terminar cuarto medio en modalidad vespertina, con los mismos profesores que ya conocía.

Aunque trabaja desde los 14 años —siempre buscando cómo generar ingresos, ya fuera como temporero o jardinero—, al salir del liceo necesitó un empleo más estable. Entró a trabajar en una estación de bencina y, poco a poco, fue armando una base económica que le permitió pensar en su primera idea de emprendimiento, ligada a la construcción y a los conocimientos que había adquirido en el liceo. Su hermano trabajaba como maestro en una empresa de aluminio, y verlo manejar todo el proceso fue clave. Con los ahorros que había reunido, pensó que podían comprar las herramientas básicas y comenzar por su cuenta.

Hoy sigue como independiente, y su empresa ya está posicionada en el sector y cuenta con dos personas trabajando con él. Se dedican a la fabricación e instalación de ventanas, estructuras de aluminio y mamparas de ducha de vidrio, principalmente en Freire y Pitruquén. Uno de los principales desafíos al inicio fue enfrentarse a los clientes siendo tan joven. Para ganarse su confianza, cuando iba a tomar medidas y notaba desconfianza, decía que lo enviaban desde la empresa, nunca aclaraba que él mismo era el dueño. Otro aprendizaje importante ha sido el orden financiero. Para mejorar en ese aspecto, escucha podcasts, asiste a seminarios y no descarta

estudiar algo relacionado con la gestión de empresas más adelante, aunque por ahora el tiempo no alcanza.

En paralelo al crecimiento de su empresa, el tallado en piedra dejó de ser una idea aislada. Ignacio comenzó a investigar, observar y practicar, hasta que en poco más de un año alcanzó un nivel de terminación en el que, al pulirlas, las piedras reflejan la luz con un brillo profundo, casi como vidrio o cerámica vitrificada de manera natural. Hoy tiene más de 18 mil seguidores en su cuenta “Rustic Mund” en Instagram y varios de sus videos se han viralizado, lo que le ha permitido conectar incluso con expertos del rubro en otros países, como artesanos de India con quienes intercambia consejos.

Ya no fabrica solo lavamanos. Produce platos de piedra para restaurantes y hoteles rústicos, envía propuestas, muestra procesos y busca oportunidades de manera constante. “Y si las puertas no se abren, entro por la ventana”, dice con humor alguien que rara vez está quieto.

Muchas personas le han llevado piedras desde distintas partes de Chile, cargadas de valor personal, para que él las transforme en objetos únicos. Ha fabricado purificadores de agua por goteo, recientemente le encargaron una tina, una vez un restaurante le pidió cien platos en un plazo acotado y pasó varias noches tallando hasta pasada la medianoche. Cansado pero contento, Ignacio no rehúye desafíos grandes.

Hoy es el hermano al que toda su familia recurre cuando necesitan ayuda. Amigos y familiares han trabajado —o trabajan— con él. “Me gusta sacarles su máximo potencial”, dice. También ha apoyado a su hermana, motivándola a estudiar: actualmente cursa pedagogía en inglés en la universidad. Con sus emprendimientos más estables, recientemente abrió una empresa de lavado de autos y sueña con ir automatizando procesos con el tiempo. Y cuando mira hacia atrás, reconoce algo que arrastra desde el liceo: la confianza que sus profesores le entregaron y que hoy sostiene su forma de trabajar. Sentirse bueno en lo que hace le permitió atreverse, avanzar y convencerse de que puede llegar lejos.



Joselin

Una lectora del paisaje



Trailer

Joselin Vallejos Mansilla

Región de Aysén / Liceo Técnico Profesional Juan Pablo II⁸ /
Especialidad construcción, Mención Obras Viales.

Joselin disfruta el camino que propone su oficio: trabajar al aire libre, conectarse consigo misma y con la cuadrilla que le toca en cada faena, aprender de personas con años de experiencia en obra. Ahí, en ese cruce, el trabajo cobra sentido.

Cuando Joselin Vallejos, de 28 años, recorre en auto las calles de Coyhaique —la ciudad donde ha vivido toda su vida—, **Región de Aysén**, a veces se encuentra con obras en las que participó como topógrafa. Un puente, por ejemplo. Entonces se emociona. No solo por el resultado final, sino por todo lo que vuelve de golpe: las jornadas de trabajo, los inviernos con la nieve cubriéndolo todo, los días en que les tocó avanzar bajo la lluvia. Piensa en el proceso completo y en cómo ese esfuerzo hoy forma parte de algo más grande, una obra puesta al servicio de otros. Joselin disfruta el camino que

⁸ Fundación Educacional San Pablo.

propone su oficio: trabajar al aire libre, conectarse consigo misma y con la cuadrilla que le toca en cada faena, aprender de personas con años de experiencia en obra. Ahí, en ese cruce, el trabajo cobra sentido.

Fue justamente esa idea —hacer algo que el día de mañana pudiera servirle a miles de personas— la que llevó a Joselin a estudiar la **especialidad de Construcción, mención Obras Viales**, en el **Liceo Técnico Profesional Juan Pablo II**. La otra alternativa que tenía sobre la mesa era Párvulos, una opción que consideró más por acompañar a sus amigas que por convicción propia. Sabía que ser mujer en el rubro de la construcción no sería fácil —con los años de trabajo lo confirmaría—, pero aun así decidió seguir su intuición y apostar por un oficio que le permitiera dejar esa huella concreta que buscaba.

La especialidad la disfrutó. Aunque al comienzo los números le costaron más de la cuenta, encontraba aire y energía cada vez que salían a terreno: faenas de asfalto en carretera, la construcción de un edificio, un puente en proceso. Ahí todo se ordenaba. Al egresar, hubo un consejo que se le quedó grabado. Se lo dio una profesora mujer, que la animó a seguir desarrollándose en el rubro: “No te voy a negar que es un área machista, pero las mujeres cumplen un rol fundamental. Además, a esta región le falta mucho desarrollo y trabajo no va a faltar”. Y eso la hizo decidirse por sacar el título y hacer su práctica en el Servicio de Vivienda y Urbanización (SERVIU). Con los años y la experiencia acumulada, Joselin volvió muchas veces a esas palabras que observadas en perspectiva, cobraron pleno sentido.

Los padres de Joselin sacaron adelante a sus dos hijas con mucho esfuerzo. Su madre mantiene un pequeño negocio en la casa y su padre trabaja como chofer de transporte al aeropuerto. No son profesionales, pero siempre fueron claros con ella y con su hermana menor: eso era justamente lo que esperaban para ellas, la razón por la que trabajaban con tanto esmero. Con ese apoyo, y tras terminar su práctica, Joselin se matriculó en Obras Civiles en la Universidad Austral. Días después recibió el llamado de un profesor de su liceo: se había abierto una nueva carrera de Topografía en INACAP y quedaban solo cinco cupos. “Me llamó la atención porque era una carrera cotizada, con buen sueldo, y aún no había egresados en la región. Pensé que podía ser la esperanza de algo nuevo”, recuerda.

Así entró de lleno al mundo de la topografía, un universo distinto: más matemáticas, planillas, cálculos y el aprendizaje constante del

uso de nuevos equipos. Tras egresar y completar su práctica, lo único que quería era empezar a trabajar, pero no fue inmediato. Durante casi un año tuvo que desempeñarse en labores ajenas a su rubro, sosteniéndose mientras esperaba una oportunidad. Esa oportunidad llegó en 2020, cuando firmó su primer contrato en una obra de pavimentación en Cerro Castillo, una localidad ubicada a cerca de una hora y media al sur de Coyhaique, en pleno corazón cordillerano de la Región de Aysén, junto al Parque Nacional del mismo nombre. Para asumirlo, tuvo que dejar la casa familiar y pasar la semana completa en la zona. El entorno —montañas, ríos y un paisaje amplio y despejado— le resultó cercano y estimulante: siempre le había atraído la naturaleza, y esa primera experiencia laboral unía ambas cosas. “Afortunadamente, desde ahí nunca me ha faltado trabajo”, dice.

Hoy Joselin suma seis años de experiencia laboral y se encuentra temporalmente en Chile Chico, fiscalizando obras viales como jefa del área de topografía. Su trabajo exige precisión y una presencia constante en terreno: revisar alcantarillados y fosos, asegurar que la faja esté despejada y verificar que las obras avancen según lo proyectado. En paralelo, está terminando su título de Ingeniería en Geomensura, que cursa en modalidad online en la Universidad de Concepción, una decisión que le ha permitido compatibilizar estudio y trabajo, considerando las particularidades de sus faenas. Chile Chico, ubicada en la ribera sur del lago General Carrera, tiene un ritmo propio, marcado por la distancia, el paisaje y el aislamiento. En ese entorno, Joselin ha ido armando una vida cotidiana simple: moverse en bicicleta, entrenar en el gimnasio municipal, caminar junto al lago o compartir con las amigas que ha ido haciendo en obra.

Joselin sabe que su trabajo queda en los territorios que habita temporalmente, sosteniendo lo cotidiano. No como una marca personal, sino como una presencia silenciosa que hace posible el avance. Entre mediciones, clima, territorio y personas, ha ido construyendo un proyecto de vida fiel a ese esfuerzo aprendido en casa, viendo a sus padres trabajar con constancia y sentido.



Héctor

El constructor de nuevos caminos



Trailer

Héctor Sepúlveda Roa

Región de O'Higgins / Liceo Bicentenario De Excelencia

Tomás Marín De Poveda⁹ / Especialidad Mecánica Industrial.

Cuando llegó, la matrícula apenas alcanzaba a seis estudiantes; al año siguiente, eran treinta y seis (...) al poco tiempo, el director le ofreció asumir como jefe de especialidad, reconociendo no solo el aumento de matrícula, sino la recuperación completa del área.

A los 30 años, Héctor Sepúlveda llevaba un camino firme en la mecánica industrial. Tenía trabajo y proyección, hasta que un accidente laboral detuvo todo. Su mano quedó atrapada en una máquina y, tras tres cirugías y cerca de un año y medio con licencia médica, el impacto fue más allá de lo físico. El cuerpo quedó en pausa y el ánimo comenzó a decaer de forma silenciosa pero persistente. Lo único que logró sacarlo de ese estado fue la invitación de un ex profesor jefe a volver a su antiguo liceo para dar charlas sobre su

⁹ Ilustre Municipalidad De Rengo.

especialidad. Ese regreso removió algo profundo y lo enfrentó a una decisión inesperada: esperar a que la licencia terminara y su mano se recuperara por completo para retomar su carrera, o interrumpir ese camino y atreverse a algo que nunca había imaginado —volver al liceo, esta vez como profesor— aun sabiendo que implicaba una baja considerable en sus ingresos, pero le permitiría seguir activo mientras su mano aún no se recuperaba del todo.

Héctor es oriundo de Rengo, de un sector rural llamado Apalta en la **Región de O'Higgins**, donde cursó su educación básica. “Un lugar donde no había mucho por dónde agarrarse”, cuenta, en un entorno marcado por la faena agrícola y con pocas alternativas formativas. En el colegio destacaba especialmente para los números, en una época en que los algoritmos se resolvían a mano. Al ingresar al hoy **Liceo Bicentenario de Excelencia Tomás Marín de Poveda**, en Rengo, eligió inicialmente Contabilidad, pero pronto se dio cuenta de que no era lo suyo y se cambió a la **especialidad de Mecánica Industrial**. Ahí encontró algo distinto. Lo marcó, sobre todo, la vocación de sus profesores, capaces incluso de poner dinero de su propio bolsillo para comprar herramientas con tal de que los estudiantes aprendieran.

Con el tiempo, lo que más agradece de haber estudiado esa especialidad es que el rubro le permitió encontrar lo que realmente le apasiona: la programación CNC. Máquinas de control numérico computarizado capaces de ejecutar cortes, perforaciones y soldaduras con una precisión imposible de lograr a mano. Le entusiasma el trabajo con corte láser y plasma, los tornos y routers industriales; tecnologías que transforman un diseño digital en una pieza real, exacta y repetible. Programar una máquina para que corte, moldee o suelde de manera autónoma le abrió un mundo nuevo: el de una industria donde la mecánica se cruza con la computación, la lógica y el orden, y donde el margen de error humano da paso a la precisión del código.

Volviendo a sus primeros años laborales, al egresar de la especialidad realizó su práctica profesional en una pequeña maestranza de la zona, en tiempos en que las prácticas sumaban 960 horas. Tras completarla y cumplir con el servicio militar, ingresó a trabajar a Ferrum como soldador armador. Paralelamente, estaba decidido a seguir formándose y matricularse en la carrera de Técnico en Ejecución Mecánica en INACAP, en jornada vespertina, lo que implicaba viajar regularmente a Rancagua.

En eso, a comienzos de los años 2000 apareció una oportunidad tentadora. Un llamado para trabajar en una obra vinculada a la construcción de infraestructura para el transporte de gas desde Argentina —un proyecto levantado en un campamento en pleno altiplano—. Llegó como “ayudante del ayudante”, cuenta con humor, en una parada de planta. Al poco tiempo, uno de los soldadores encargados de unir las enormes tuberías quedó sin apoyo y lo incorporó a su equipo. Compartían el contenedor donde alojaban y largas jornadas de trabajo. Ahí aprendió observando, preguntando y haciendo. Fue en ese contexto donde la soldadura comenzó a gustarle de verdad.

Durante más de una década de trabajo en la mecánica industrial, Héctor construyó una trayectoria intensa en la metalmecánica. Partió en la fabricación de piezas, pasó por la cerrajería de alto estándar y luego asumió roles de supervisión en montajes y mantenciones en terreno para plantas agroindustriales y alimentarias. Fue en una empresa de mantención agroindustrial donde, además del trabajo técnico, comenzó a hacerse cargo de proyectos completos: planificación, ubicaciones, coordinación de equipos y tiempos. Ese rol organizacional —pensar el trabajo más allá de la máquina— despertó un interés que no esperaba y que, años después, lo llevaría a titularse como Administrador Público en AIEP, incorporando una mirada de gestión que hoy considera tan clave como el oficio mismo.

En ese momento, el accidente puso en pausa todo su desarrollo profesional. Completamente remecido, decidió aceptar el llamado del Liceo Industrial Esteban Leyton Soto, un paso que terminaría marcando su vida. Hoy ya suma casi 14 años trabajando ahí. El desafío más gratificante fue, como él mismo dice, “revivir una especialidad que estaba muerta”: Construcciones Metálicas. Cuando llegó, la matrícula apenas alcanzaba a seis estudiantes; al año siguiente, eran treinta y seis. El problema no era la falta de interés, sino la desconexión con el oficio real. Los talleres estaban equipados, pero las máquinas —cortadoras plasma y equipos de soldadura MIG con control digital— permanecían guardadas en bodega. Nadie sabía usarlas. Los estudiantes seguían trabajando con equipos básicos, ajenos a parámetros, displays y tecnologías que ya eran estándar en la industria.

Para Héctor, fue un encaje perfecto. Conocía esas máquinas, hablaba ese lenguaje y sabía cómo traducirlo al aula. Puso en marcha los equipos, ordenó el inventario de activos fijos, diseñó un plan de mantención para los tres talleres y actualizó los programas de práctica. El impacto fue rápido y visible. Al poco tiempo, el director le

ofreció asumir como jefe de especialidad, reconociendo no solo el aumento de matrícula, sino la recuperación completa del área. Más adelante, lideró un proyecto que se adjudicó un fondo de equipamiento TP por cerca de 215 millones de pesos, permitiendo renovar maquinaria y devolverle a la especialidad un estándar acorde a la industria real.

Pensó que su paso por el colegio sería esporádico, pero terminó encontrando algo que no esperaba. El cariño de la comunidad educativa, el reconocimiento de los apoderados y el reencuentro con colegas que habían sido sus propios profesores comenzaron a pesar más que el sueldo. Se veía reflejado en esos estudiantes rurales que llegaban con ganas de aprender, y su trabajo empezó a adquirir un sentido profundo. Su crecimiento profesional no se ha detenido: hoy postula a la dirección de un establecimiento, convencido de que puede poner al servicio de la educación todo lo aprendido en la industria, en sus estudios superiores y en el aula.

Hoy, con 43 años, Héctor vive con su señora y sus tres hijos —la mayor estudia Derecho en la Universidad de O'Higgins— y todavía, cuando baja la temperatura, el frío le atraviesa la mano. Es un dolor persistente, leve, pero suficiente para recordarle ese punto de quiebre que cambió su vida. No lo vive como una herida abierta, sino como una señal: de todo lo que se detuvo y de todo lo que volvió a ponerse en movimiento cuando decidió cambiar de rumbo. Cada vez que entra al taller y enciende las máquinas, sabe que no eligió el camino más fácil, pero sí el que le dio sentido.



Rubén

El maestro del oficio vivido



Trailer

Rubén Aravena Ochoa

Región de Los Ríos / Liceo Industrial Bicentenario Ingeniero
Ricardo Fenner Ruedi¹⁰ / Especialidad Electricidad.

Ser docente es una experiencia muy linda. Nunca imaginé volver a trabajar donde estudié, ni hacerlo junto a colegas que hoy siento como familia (...) para él, el agradecimiento sincero de un estudiante vale más que cualquier reconocimiento.

Rubén Aravena está de pie al fondo del salón del Liceo Industrial de La Unión, **Región de Los Ríos**. Es día de titulación y el lugar está lleno: familias, estudiantes, profesores. Desde ahí observa cómo, uno a uno, sus alumnos pasan a recibir el título. Los conoce bien; recuerda quién dudó, quién se atrasó, quién pensó en abandonar. Cuando llaman a uno en particular, Rubén aplaude con fuerza y se le aprieta la garganta. No es la primera titulación que acompaña, pero la emoción siempre vuelve. Le cuesta no pensar en el camino recorrido para llegar hasta aquí, enseñando construcción en el mismo liceo donde, años atrás, él mismo aprendió el oficio.

¹⁰ Corporación Educacional de la Sociedad Nacional de Agricultura FG – SNA Educa.

Mucho antes de eso, cuando tenía apenas 12 años, sus días favoritos eran aquellos en que su tío trabajaba cerca de su casa. Patricio, electricista dedicado a la mantención de sucursales de un banco, pasaba a buscarlo y lo llevaba a terreno. Rubén caminaba a su lado, observaba en silencio y hacía preguntas mientras su tío le explicaba cada tarea. “Ver cómo se ganaba la vida y las distintas posibilidades del rubro me fascinó. Ahí entendí que quería ese oficio”, recuerda. Con el tiempo comprobó que lo aprendido se le quedaba en las manos: cuando algo fallaba en su casa, podía arreglarlo. Y en los ratos libres, ya en su pieza, armaba pequeñas maquetas eléctricas para repetir y entender mejor lo que había visto durante el día.

La electricidad dejó de ser una curiosidad y pasó a ser una convicción. Rubén estaba seguro de que la educación técnico-profesional podía abrirle puertas concretas al mundo laboral, tal como había ocurrido con otros miembros de su familia. Al terminar octavo básico postuló al hoy **Liceo Industrial Bicentenario Ingeniero Ricardo Fenner Ruedi**, con la idea clara de ingresar a la **especialidad de Electricidad**, la que siempre había querido. Cuando lo logró, la alegría fue total. “Era la persona más contenta”, recuerda. Los talleres se transformaron en su espacio natural: redes de postación, instalación de transformadores, trabajo en terreno. Y los años acompañando a su tío se notaban: llegaba con una base sólida que lo distinguía entre sus compañeros y le daba seguridad en lo que hacía.

En cuarto medio, a los 18 años, fue papá y sus prioridades cambiaron. Tras realizar su práctica en un aserradero de su comuna, a cargo de la mantención eléctrica, decidió tocar la puerta de un lugar que conocía desde niño: la empresa a la que su tío lo llevaba cuando trabajaba cerca de casa y donde había aprendido a mirar el oficio desde dentro. “Me llamaron un viernes para decirme que había quedado y el lunes ya nos habíamos cambiado a Santiago con mi pareja y mi hijo”, recuerda. Sentía que era el momento de salir, aprender más y crecer, esta vez trabajando codo a codo con su mentor, su tío Patricio, que seguía siendo parte del equipo.

Se quedó allí siete años, un período que hoy reconoce como su segunda escuela. Con el tiempo, la empresa comenzó a asumir trabajos más amplios, como remodelaciones, y Rubén fue incorporándose a nuevas tareas: lectura de planos, trazados y coordinación en obra. Así, casi sin darse cuenta, fue ampliando su camino desde la electricidad hacia el mundo de la construcción, sumando herramientas que marcarían su desarrollo profesional. Cuando sintió que había aprendido todo lo posible, decidió volver a su ciudad natal

para aplicar lo aprendido y asentarse con su familia.

El regreso no fue inmediato. Al principio fue complejo, porque la mayoría de sus contactos laborales estaban en la capital. Sin embargo, al poco tiempo fue contratado por una empresa constructora y participó en proyectos relevantes para la zona, como la construcción CESFAM o ferias artesanales. Estas experiencias le permitieron observar y participar en todas las etapas del proceso constructivo, desde la excavación inicial hasta la entrega final de las obras.

Tras cuatro años de vuelta en La Unión, y pensando en el futuro de su hijo mayor y de su recién nacido, Rubén y su pareja se sentaron a conversar sobre lo que querían construir como familia. Coincidieron en la importancia de lograr estabilidad y ampliar sus oportunidades. Aprovechando que en la comuna se había abierto un Instituto Profesional —antes debían viajar a Osorno, lo que con trabajo y familia resultaba complejo— ambos decidieron ingresar en la educación superior. Rubén ingresó a la carrera de Técnico en Construcción y luego continuó hasta obtener el título de Constructor Civil, convencido de que seguir formándose era también una forma de abrir caminos para sus hijos.

Mientras cursaba su primer año de estudios, un amigo le comentó que estaba haciendo clases en el Liceo Industrial donde Rubén había estudiado la enseñanza media. La conversación derivó naturalmente hacia la educación, un tema en el que Rubén siempre había creído. Días después, ese mismo amigo lo llamó con una noticia inesperada: se había abierto una vacante para la especialidad de Construcción en el liceo. Para Rubén, ese lugar era más que un colegio; era casi una familia. Sintió que era una de esas oportunidades que no se piensan demasiado.

El proceso no fue simple. Al tratarse de un establecimiento de alto prestigio, los postulantes eran muchos. El entonces director les pidió recorrer el taller de construcción y entregar una evaluación con propuestas de mejora. Rubén se tomó el encargo en serio. Conocía el espacio, sabía cómo funcionaba y detectó oportunidades claras: retirar herramientas que ya no cumplían su función, reparar y pintar sectores deteriorados, ordenar el trabajo. Llegó con ideas concretas, realistas y aplicables. Y quedó.

Hoy, con 37 años, Rubén siente que dio “la vuelta larga” para llegar hasta donde está, pero no cambiaría nada. Cada etapa fue necesaria para desempeñarse en su rol actual como docente de la especia-

lidad de Construcción, con la convicción de alguien que ha vivido lo que enseña. Llegó primero como técnico del taller, enseñando el uso de herramientas, y hoy dicta clases en construcción mención edificación, el área que conoce en profundidad.

Su hijo mayor estudia Arquitectura en la Universidad Austral de Valdivia; el menor tiene ocho años. Este año, sus estudiantes ganaron el concurso de innovación convocado por el programa Construyo mi Futuro de la Cámara Chilena de la Construcción junto al Centro de Innovación en Liderazgo Educativo de la Universidad del Desarrollo. Ya ha acompañado dos procesos de titulación y no puede evitar emocionarse. “Ser docente es una experiencia muy linda. Nunca imaginé volver a trabajar donde estudié, ni hacerlo junto a colegas que hoy siento como familia”, dice. Cree que los esfuerzos, tarde o temprano, dan frutos. Para él, el agradecimiento sincero de un estudiante vale más que cualquier reconocimiento, comenta con la tranquilidad de alguien que, a sus 37 años, se siente en paz con el camino recorrido.

<https://ciled.udd.cl/>



www.cchc.cl



UDD
Centro de Innovación
en Liderazgo Educativo
Facultad de Educación



cchc
CAMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCION

75
AÑOS